

MARIO FERRERO

LA PROSA CHILENA DEL  
MEDIO SIGLO

(Continuación)

*González Vera y el humor literario*

---

EN EL PROCESO de evolución de nuestras letras existen dos escritores que han contribuido poderosamente a su enriquecimiento: Manuel Rojas y González Vera. Rojas aporta el sentido y el estilo de la universalidad creadora, la validez chilena de sus tipos y personajes en un plano de contemporaneidad mundial, ajeno a los localismos limitadores y a los pintoresquismos de caricatura. Aporta, además, la riqueza de un estilo sugerente, cargado de intención, de una humanidad tierna y, a la vez, profunda y maciza, lo que le permite ser un escritor representativo de nuestro siglo, cualquiera que sea la psicología del lector o la latitud geográfica en que sea leído. González Vera, maestro del entrelíneas, aporta la plenitud de lo insólito, la matización psicológica y ese particular sentido del humor que le dan en nuestra literatura un lugar único e inconfundible.

Gabriela Mistral, en un artículo publicado en la Revista "Babel", con ocasión de habersele conferido a González Vera el Premio Nacional de Literatura, decía de él que es "uno de los chilenos más cargados de chilenidad en sus temas y, a la vez, uno de los chilenos más liberados del espíritu y de la letra locales, criollos"<sup>1</sup>. Afirmación justísima.

En efecto, la capacidad de González Vera para reflejar esencias de lo chileno, sin caer en deformaciones de lenguaje ni tipificaciones superficiales, nos ha parecido siempre su característica más trascendente. La malicia y la simpatía son en él armas espontáneas para afrontar el conocimiento

<sup>1</sup>Gabriela Mistral, Premio Nóbel de Literatura de 1945, en "Algo sobre González Vera" (Revista "Babel", N° 55, tercer trimestre de 1950, Santiago de Chile), reproducido en "Recados contando a Chile", con selección, prólogo y notas de Alfonso Escudero (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1957).

y la expresión de la realidad, una realidad matizada hasta el infinito, llena de contradicciones, sugerente y activa. Una realidad que, por lo mismo, nos resulta un descubrimiento literario proyectado más allá de la literatura, como una prolongación del hombre en el conocimiento de sí mismo. En este aspecto coincidimos ampliamente con Ernesto Montenegro, en su prólogo de "Cuando era muchacho": "La suya es, hasta donde sea posible concebirla, una literatura sin literatura. Es una prosa desnuda, descarnada, y con todo, palpitante de intención. No hay palabras de más ni de menos; no hay avalorios de retórica, ni frases campanudas, ni letanías sensibleras. Ahí están la humildad y la sinceridad hechas verbo, producto razonado de una conciencia artística vigilante."<sup>2</sup>

Con estas cualidades, la prosa de González Vera nos resultará siempre de doble texto: el escrito y el sugerido entre líneas. Hay en su agudeza mental una intención diferenciada, un nostálgico humorismo, donde la cuerda se ha estirado al máximo de su tensión, sin pasar nunca más allá del límite del equilibrio. La nota justa que duele y hace pensar. La expresión única para producir la sonrisa, el reencuentro con algún sentimiento contradictorio que llevábamos escondido desde siempre. Es un humorismo a gran orquesta, sutil, finísimo; un toque de profundidad en la conciencia, la representación sugestiva de un imponderable cargado de mordacidad o de ternura. Es decir, un humorismo dramático y trascendente, decididamente serio. Montenegro ha puntualizado: "El humorismo de González Vera es de ese género constitucional que no deberíamos confundir ni con la vena cómica ni con la farsa. El verdadero humorismo no está ciertamente en el chiste, sino en la intención, y hace un todo del sujeto y del objeto."<sup>3</sup>

La prosa de González Vera es de pincelada corta y rápida. Un golpe de intención, un punto de color que apenas insinúa. El resto de la composición debe hacerla el propio lector, según sus medios, en una especie de clandestinidad evocadora. Todos sus libros contienen esta sabiduría del matiz, esta llama tenue a punto de apagarse, pero que es capaz de iluminar la escena completa y quedar vibrando largamente en el recuerdo.

Los ejemplos los encontramos a vuelta de cada página. El poder de composición en el carácter de un personaje, resulta así de una atracción casi milagrosa, de una fuerza de síntesis más allá de toda previsión. Veamos este

<sup>2</sup>Ernesto Montenegro en su prólogo a "Cuando era muchacho", de José Santos González Vera (Editorial

Nascimento, Santiago de Chile, 1951).

<sup>3</sup>Ernesto Montenegro, obra citada.

retrato del padre de Sergio Atria: "Don Jorge, paseante solitario, podía andar leguas sin que se pegara a su calzado una pizca de polvo. ¿Cómo pisaba? Murió sin revelar el secreto."<sup>4</sup> Para referirse a una casquivana, dice, simplemente: "La muchacha era amistosa, alegre, con la atrayente movilidad de la juventud. Tan simpática era que debió casar pronto."<sup>5</sup> Su padre, por quien siente una admiración y afecto casi paternos, queda definido de cuerpo entero con un solo rasgo: "En Santiago leyó y caviló. Vivía entre médicos y abogados que cultivaban la incredulidad como medio de conocimiento."<sup>6</sup> Cuando recuerda a sus ex discípulos y nos informa de sus actuales relaciones, escribe con la mayor naturalidad: "Nos saludamos de modo especialísimo, como si fuéramos resucitados. En algunos pareceme advertir cierta molestia por el encuentro. Les sorprende que aún viva y a mí me sorprende que todavía existan."<sup>7</sup> Nada más. Con esto basta y sobra para crear el clima de las relaciones humanas, la categoría de los sentimientos y el absurdo del medio, por el cual González Vera siente una especie de amarga y nostálgica desilusión.

#### *El neocriollismo y la generación del 40*

LA BRILLANTE generación de prosistas chilenos bautizada por Ricardo Latcham como "neocriollista", aparece en nuestras letras poco tiempo después del triunfo del Frente Popular, acontecimiento de enorme trascendencia en la historia cívica y cultural del país y que, lógicamente, contribuye a determinar uno de sus caracteres generacionales de mayor significación. En el terreno político, el nacimiento del Frente Popular es la expresión soberana de una paulatina y profunda transformación en la estructura de nuestra sociedad. Diversas causas nacionales e internacionales habían ido determinando en la sociedad chilena la unificación de los intereses de la clase media y el proletariado. La conciencia de esta unidad determinada por el factor económico, no exenta de contradicciones de toda índole, va creando en ambas clases el proceso de una acción mancomunada que comienza a influir seriamente en nuestro desarrollo político y social, y cuya expresión pública viene a ser el advenimiento del Frente Popular.

<sup>4</sup>José Santos González Vera: "Cuando era muchacho" (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1951).

<sup>5</sup>José Santos González Vera, ob. citada.

<sup>6</sup>José Santos González Vera, ob. citada.

<sup>7</sup>José Santos González Vera, ob. citada.

Como telón de fondo de este panorama, por demás complejo, actúan las manchas de sombra de la Segunda Guerra Mundial y el largo drama de la Guerra Civil Española. La invasión de Abisinia por los ejércitos de Mussolini; el nazismo alemán, negación máxima de la cultura y los derechos humanos, determinaron en todo el mundo un clima de alarma que haría peligrar seriamente las conquistas del hombre a lo largo de la historia. Eran días amargos y de la más profunda inquietud, cuya inestabilidad y amargura influyó en gran medida sobre el psiquismo de los intelectuales de todo el orbe. Muchos se dejaron vencer por los factores negativos, propios del asesinato masivo de la guerra, y se refugiaron en sus torres de cartón, negándose a toda lucha. Pero la gran mayoría reaccionó en forma audaz y varonil, dando paso al nacimiento de un concepto líder en las relaciones humanas y multiplicando su acción hasta tal punto que su conducta logró frenar, en gran medida, el destino de la masacre universal. Chile, país de grandes tradiciones democráticas y amante de la libertad por naturaleza, no podía permanecer al margen de esta lucha. La conducta de nuestros intelectuales fue, en ésta y en otras oportunidades, motivo de orgullosa exaltación y de claro patriotismo, al mismo tiempo que destacó los sentimientos de fraternidad universal inherentes a todo creador.

Volviendo, en Chile, al surgimiento del Frente Popular, debemos destacar que este fenómeno significa, en el terreno literario, la entrada en escena de una serie interminable de tipos y personajes de compleja psicología, pertenecientes no sólo a la pequeña burguesía, sino también a grupos sociales intermedios e incluso desclasados de imposible clasificación. En suma, la vida del hombre común, muchas veces carente de ideología, con formas de producción mixta o vegetativa, con intereses a menudo contrapuestos, pero cuya existencia como realidad social es innegable.

La generación del 40 comienza a incorporar todo este elemento vivo a sus creaciones literarias, lo que nos da la clave de la principal característica de su homogeneidad: el análisis en profundidad de un hecho social nuevo que va mucho más allá del cartel político o del romanticismo revolucionario. Por otra parte, la generación del 40 traía, como herencia de la Guerra Civil Española, la experiencia de un drama intelectual cuya solución era definitiva para el destino de la cultura universal: el amor a la libertad, el respeto a las jerarquías intelectuales y la defensa del progreso científico y humanista alcanzado por el hombre a través de la historia.

Formados en la tradición criollista y la lucha por el afianzamiento de

una cultura nacional, los escritores del 40 van transformando los primitivos postulados del criollismo hacia una forma más dinámica, que les permita reflejar la compleja estructura de esta nueva realidad. Y en esta búsqueda guiarán sus pasos por el camino que los llevará al descubrimiento de la épica social, es decir, una forma de exaltación de la realidad colectiva que sea capaz de impulsar los cambios históricos que permitan una mayor felicidad y plenitud humanas.

La observación comienza a agudizarse, y de esta necesidad de interpretación nacerá una riquísima gama de temas y enfoques hasta ahora desconocidos. Es lo que Latcham llama el nacimiento de las "categorías geográficas", aunque la palabra categoría no nos parezca la más adecuada desde el punto de vista de una filosofía del arte. En cualquier caso, ello significa un análisis profundo de la vida y los escenarios a lo largo de todo Chile, desde la puna cordillerana a los perfiles azules de la costa, desde la pampa calcinada hasta el desierto glacial. Significa, también, una penetración a fondo en la compleja realidad urbana, desentrañando la conducta de una psicología y la expresión de un sentimiento.

Con estas armas, es lógico comprender que el alcance del criollismo se verá notablemente enriquecido. Hay en la generación del 40 una voluntad de estilo que no conocieron los novecentistas; hay en sus creaciones una ausencia casi absoluta de retóricas; su lenguaje es rico, profundo, variado y funcional, con una validez universalista ajena a la anterior criollidad campesina; la elaboración es más cuidada y el contenido más potente y moderno; la observación más aguda, más amplia la intención y las ideas más limpias.

Los resultados artísticos de este proceso de dignificación de las letras nacionales están en pleno desarrollo. Y aun cuando el grupo de escritores que lo constituye está ya clarificado, día a día aparecen obras y autores que lo enriquecen y lo completan en su estructura. A los nombres señeros de Nicomedes Guzmán, Oscar Castro, Daniel Belmar, Reinaldo Lomboy, Andrés Sabella, Francisco Coloane, Juan Godoy, Nicasio Tangol, Baltazar Castro, Lautaro Yankas, Gonzalo Drago, Raúl Norero y Juan Donoso, han venido a agregarse últimamente los de Volodia Teitelboim, Luis González Zenteno, Manuel Guerrero y Guillermo Atías, además de Fernando Alegría, por mucho tiempo ausente del país, pero siempre vinculado a su sentimiento y a su problemática vital. E incluso los nombres de Luis Merino Reyes, cuya novela "Regazo Amargo" constituye un aporte valioso a la psicología del

hombre medio de la ciudad, y el de Leoncio Guerrero, con sus hermosas creaciones maulinas.

El escritor que abre el fuego en la jornada común es Nicomedes Guzmán, en 1939. La publicación de "Los hombres oscuros", novela altamente representativa de un medio social subhumano y dolorosamente dramático, marca el nacimiento de una nueva época en nuestra literatura. Lo siguen "Angurrientos" de Juan Godoy; "Huellas en la tierra", de Oscar Castro y "El último grumete de la Baquedano", de Francisco Coloane, las tres obras editadas en 1940, con escenarios y cualidades distintos; pero con un mensaje y una finalidad comunes. El 41, Coloane publica "Cabo de Hornos", e incorpora de inmediato a nuestras letras una realidad totalmente desconocida: el drama de los hombres de mar en la región austral chilena; la conmovedora faena de las loberías y la soledad primitiva y angustiosa de los puestos ovejeros en el comercio más remoto del mundo. Ese mismo año aparece "Ranquil", de Reinaldo Lomboy, la poderosa novela de los usurpadores de tierras en la zona sur, con su primera gran masacre campesina. Gonzalo Drago, nacido en 1906, nos entrega "Cobre", una acertadísima visión de la vida minera, veta inexplorada que más tarde trabajarán Baltazar Castro en "Sewell" y Diego Muñoz en "Carbón", aunque con escenarios diversos y calidad muy distinta. El 43, Nicomedes Guzmán publica "La sangre y la esperanza", otra de las obras claves del mal llamado neocriollismo, y que desentraña el problema social y el sentimiento del conventillo santiaguino, con personajes fuertemente representativos del arrabal criollo, como son "Ña Paremé" y "Pan Candeal". El 44 está signado por dos novelas de la más alta trascendencia: "Norte Grande", de Andrés Sabella, la primera gran epopeya de la pampa salitrera, que se ve un tanto disminuida por el exceso incontrolado de metáforas, y "Huipampa, tierra de sonámbulos", de Nicasio Tangol, seguramente la mejor novela de la vida y las supercherías chilotas, con un lejano antecedente en "Gente en la Isla", de Rubén Azócar. El 45 aparece "Golfo de Penas", de Coloane, donde el autor continúa el tratamiento literario de la región magallánica. El 47 se incorpora al grupo Daniel Belmar con "Roble Huacho", destacando de inmediato la personalidad de uno de los escritores más completos, vigorosos y trascendentes que haya producido nuestra historia literaria.

En 1950, Editorial del Pacífico edita "Llampo de Sangre", una de las novelas póstumas de Oscar Castro, que tiene por tema la búsqueda del oro en la región cordillerana, y ese mismo año aparece "Coirón", de Daniel Bel-

mar, novela clásica, humanísima, de carácter autobiográfico, con un relato conmovedor en la frontera chileno-argentina, a la orilla misma del pasto coirón. El asesinato de un hermano del protagonista, a manos de "El Mochó", por una obscura venganza sexual, y el traslado del muerto, a caballo, por la difícil topografía cordillerana, son escenas ya incorporadas a las mejores páginas de la literatura contemporánea universal. El 51 ve la luz "La vida, simplemente", de Oscar Castro, emocionante novela del prostíbulo provinciano, con vivencias de aguda penetración psíquica cargada de nobleza y humanidad, reveladora de un sentimiento hasta entonces inédito en su género.

El 52 nos depara la sorpresa de un nuevo gran novelista, la publicación de "Hijo del Salitre", de Volodia Teitelboim, la biografía novelada de Elías Lafertte, que recoge buena parte de las luchas obreras en el norte chileno y que viene a culminar, en un friso de epopeya, con la masacre de la Escuela Santa María, de Iquique. El 54, la publicación de "Caliche", la historia del abandono y desarme de numerosas oficinas salitreras de la pampa, nos trae el nombre de otro de los grandes de la literatura nortina: Luis González Zenteno. Ese mismo año se publica "Tierra Fugitiva", de Manuel Guerrero, que reedita, con un nuevo enfoque, el problema campesino, la explotación feudal del agro y la influencia de la politiquería en la usurpación de las tierras. El 55 se produce la mejor novela santiaguina de la clase media: "Tiempo Banal", de Guillermo Atías, para terminar el 56 con las dos novelas nortinas mejor logradas en nuestro país: "Los pampinos", de González Zenteno, y "La semilla en la arena", de Volodia Teitelboim. En 1957, cuando ya se creía prácticamente cerrada la nómina de las grandes creaciones de esta promoción de escritores, aparece "Caballo de Copas", de Fernando Alegría. Se trata, sin duda, de una de las novelas más inteligentes y mejor elaboradas que se hayan escrito en el país. Agilísima, de acción rápida y múltiple, sagaz en la observación, profunda de psicología, mordaz y segura en la crítica social de ambientes y problemas negativos de nuestra América, la obra viene a constituir un claro ejemplo de agudeza estilística y una definitiva superación de los errores del criollismo. Aunque ambientada en San Francisco —Estados Unidos—, sus personajes y la manera de enfocar las situaciones son totalmente chilenos, latinoamericana por extensión, dando al concepto de literatura universal una nueva dimensión de extraordinaria riqueza plástica y emotiva.

Los escritores del 40 forman en nuestro medio una unidad casi perfecta.

Su actitud en nuestras letras constituye el fenómeno cultural más importante del siglo XX, fenómeno literario de validez permanente, con el que existe un solo parangón en el impulso de nuestra evolución creadora: la generación poética del año 20, que tiene en Neruda, De Rokha, la Mistral y Huidobro, sus sostenedores más altos y universales.

*Discusión del neocriollismo: realismo popular del 38*

AL HABLAR de los prosistas chilenos que han continuado y desarrollado la tradición literaria nacional en estos últimos veinte años, lo hemos hecho siguiendo la nomenclatura ya establecida, como una forma de facilitar la comprensión del público. Y con este criterio, nos hemos referido a "La generación neocriollista de 1940". Sin embargo, tanto la calificación como la fecha que determina su apareamiento como fenómeno literario, nos parecen discutibles. Es decir, que la "generación neocriollista de 1940" no es propiamente del 40, ni su etiqueta de "neocriollista" nos parece la calificación más acertada. Y vamos a decir por qué.

El primero en utilizar el concepto "neocriollismo", aplicado a esta generación, fue Alone, al comentar el volumen de cuentos "Donde nace el alba", de Nicomedes Guzmán, en 1944. Casi al mismo tiempo, Ricardo Latcham comenzó a hablar de "neocriollismo" en charlas y conferencias, logrando popularizar la expresión hasta fijarla en el público a través de múltiples artículos de crítica literaria, estudios que le sirvieron de base para su ciclo de charlas sobre literatura chilena en Madrid, en 1954. Los ensayos dedicados por Latcham a este problema fueron publicados, en separata, por la *Revista "Hispánica"*, de Sevilla, al año siguiente.

Ahora bien, la calificación "neocriollista" es acertada en cuanto significa una evolución de los fundamentos básicos del criollismo, entre los cuales la exaltación de la nacionalidad y la lucha por una literatura propia de validez universal, son los más definitorios. Recoge, así, una tradición esencial del más alto contenido estético y humano. Pero esta generación, como elemento renovador, fue mucho más allá de un criollismo diferenciado. El propio Latcham, al analizar sus caracteres generacionales, ha hablado de la "épica social" como característica singular y modalidad estilística, con lo cual plantea en forma implícita el problema del realismo, ya que no podría existir la épica social sin un análisis profundo de la realidad nacional. Y este análisis es propio del método realista como filosofía del arte y del realismo como escuela.

Hemos afirmado con anterioridad que cincuenta años de nuestra literatura giran en torno al criollismo. Habría que agregar que el "criollismo" no es otra cosa que una conducta y una actitud en el panorama de las letras nacionales, actitud que envuelve un núcleo mucho más sólido e importante: el problema del realismo. Si analizamos el proceso de nuestra prosa desde el novecientos adelante, notaremos que toda su problemática interna reside en el método y la forma de penetrar la realidad social con una expresión adecuada. Esta lucha, consciente o inconsciente, va entregando paulatinamente sus frutos. Primero es un naturalismo pesimista y obscuro, de simple aproximación. Después es un realismo idealista, recargado e inconsecuente. Luego, un realismo crítico, de mayor contenido social, pero con una posición estática y un estilo opaco y recortado. Hasta que la observación de la realidad se acentúa en la acción de sus contrarios, dando origen a los primeros frutos del realismo materialista dialéctico, que es una de las formas del realismo popular.

Esta es la característica fundamental de la generación que nos preocupa. Y queremos insistir en este hecho, porque, a nuestro juicio, toda la crítica mordaz y la descalificación campechana que se ha hecho del criollismo por parte de una crítica interesada en defender principios de clase harto definidos, no es otra cosa que una forma de esconder el asunto de fondo: el realismo como reflejo de una sociedad determinada. Como todo realismo, por el solo hecho de serlo tendrá siempre un contenido crítico y una acción revolucionaria respecto a la estructura de la sociedad, es evidente la intención de desviar el problema y deformar la esencia de su contenido. Allí reside el secreto de la llamada crítica impresionista.

Si examinamos los antecedentes de la bullada "querrela del criollismo", no encontraremos en ninguna parte los síntomas, ni siquiera más remotos, de la tesis que proponemos. Se ha definido la palabra criollismo hasta la majadería, se ha hecho su historia notarial epidérmica, se han seguido las huellas de su desarrollo en toda América Latina e incluso en literaturas extranjeras de exótica envoltura. Pero nadie lo ha relacionado jamás con la realidad social chilena y con su voluntad de producir un cambio en esta realidad. De allí que "la querrela del criollismo" y todos sus foros universitarios, tengan para nosotros un valor muy relativo. La verdadera historia de la literatura chilena aún no se ha hecho, sólo se han hecho "historias personales" que en nada benefician a un tratamiento científico y consecuente del fenómeno del arte.

Siguiendo nuestra discusión, es preciso señalar que la generación realista popular, como desde ahora la llamaremos, no aparece propiamente en 1940, fecha señalada por Latcham como su punto de partida. Con anterioridad, hemos creído probar que su fundamento histórico esencial, en nuestro país, es el advenimiento del Frente Popular. Aquí culmina la primera etapa de un proceso de transformación en la estructura de la sociedad chilena, proceso que crea una "mística" y determina una actitud en la gran mayoría de nuestros intelectuales. Pero el año 1938, además de constituir un hito en la historia cívica nacional de la más profunda significación, trae aparejados una serie de hechos propiamente literarios que contribuyeron a un movimiento de opinión que, en muchos aspectos, clarificó la mentalidad estética de la generación realista popular.

Francisco Santana, en su libro "La nueva generación de prosistas chilenos", da como uno de estos antecedentes literarios la polémica surgida en marzo de 1938 acerca del "nuevo cuento en Chile". En ella intervinieron numerosos escritores, destacándose muy especialmente los nombres de Salvador Reyes, Miguel Serrano, Carlos Droguett y Nicomedes Guzmán. Miguel Serrano defendía "la expresión de un ansia redentora nueva, una realidad renovadora profunda"<sup>1</sup>, desde una posición superrealista y cosmopolita, añeja por excelencia. En la argumentación de Serrano existía una contradicción profunda, sostenida por una pasión auténticamente juvenil, pero carente de una base analítica seria. De otra manera no se explica una de sus afirmaciones más repetidas: "El cuento construido a base de realidades exteriores o impresionismo de estilo, no es un cuento"<sup>2</sup>.

La vehemencia de Serrano viene a terminar con la publicación, en 1938 y como contrapartida a la antología de Raúl Silva Castro editada el año anterior, de su "Antología del Verdadero Cuento en Chile". Alone, no siempre feliz en la comprensión de estos problemas, comenta el prólogo de la antología de Serrano, anotando que son "vagas teorías declamatorias y afirmaciones trascendentales", para terminar diciendo de los antologados que "todos poseen un acento superrealista"<sup>3</sup>.

<sup>1</sup>Francisco Santana: "La nueva generación de prosistas chilenos" (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1949).

<sup>2</sup>Miguel Serrano en su artículo de la Revista "Hoy": "Literatura de

Manos Negras", citado por Francisco Santana en "La nueva generación de prosistas chilenos".

<sup>3</sup>Alone, en su crítica de "El Mercurio" a la "Antología del Verdadero Cuento en Chile", de Miguel Se-

La nota cuerda y verdaderamente nueva en la polémica, la viene a dar Nicomedes Guzmán tres años más tarde, con la publicación de su antología "Nuevos cuentistas chilenos". En un extenso prólogo, se refiere especialmente a "Lo social, el estilo y la nueva generación", afirmando lo siguiente: "Estos que hoy queremos incorporar al conocimiento público, se ejercitan y se forjan tanto horadando con los calicheros la dura costra de las zonas pam-pinas, como introduciendo al campo literario la honda humanidad, azotada de miseria, de los pequeños puertos, puliendo la magnífica pirita espiritual del hombre nuestro en función de "roto" y de ser legendario, o denunciando a los ojos, el panorama ancho, gris y vital de nuestro lejano sur de luchas y esencias"<sup>4</sup>.

Esta polémica, la publicación de las tres antologías señaladas y la aparición de "Los hombres oscuros", en 1939, son los antecedentes literarios más importantes que nos permiten fijar el año 1938 como el de iniciación del realismo popular.

Al hablar en el futuro de la generación del 38 debemos señalarla con esta característica específica. En este sentido, estamos en franco desacuerdo con la opinión sostenida en el valioso libro de Francisco Santana, quien, al hacer el balance biográfico y bibliográfico de la generación, distingue cinco corrientes o tendencias creadoras: los "psicólogos", los "superrealistas", los "realistas", los "sociales" y los "imaginistas"<sup>5</sup>. Nos parece que la clasificación de Santana es confusionista y poco consecuente. El concepto de generación literaria involucra cierta homogeneidad de tendencias, de ideas, de posición y de estilo. Y el escritor que no cumple con estos caracteres generacionales, debe quedar fuera de su ordenación histórica, aunque por nacimiento y cronología pertenezca a su mismo tiempo físico. Lo contrario sería darles la razón a todos aquellos escritores mediocres que creen constituir "generación" por el solo hecho de haber nacido en una fecha determinada al arbitrio de su egolatría.

#### *Los nuevos prosistas*

OBSERVADA con perspectiva histórica, la evolución de nuestra novela aparece como un proceso lógico, natural y de progresión ascendente. Sin embargo,

rrano. Citado por Francisco Santana en "La nueva generación de prosistas chilenos" (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1949).

tología. Selección, prólogo y notas de Nicomedes Guzmán (Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1941).

<sup>5</sup>Francisco Santana, Ob. citada.

<sup>4</sup>"Nuevos Cuentistas Chilenos", an-

la inconsecuencia y falta de amplitud de nuestros críticos y comentaristas para juzgar la literatura chilena precedente, ya se ha hecho un mal nacional, uno de esos males en los cuales se insiste con rigurosa precisión. Si observamos nuestra actitud crítica con una mínima detención, apenas si encontramos una que otra excepción que nos sirva, precisamente, para confirmar la regla. Los escritores de la Independencia atacaron a los de la Colonia, la generación del 42 negó el valor de los primeros independientes, los costumbristas exageraron los defectos y la influencia extranjera en la generación del 42, la generación del novecientos le enmendó la plana a los costumbristas, los criollistas reaccionaron contra el novecientos, y la segunda y tercera promociones criollistas se sintieron, a su vez, desconectadas de la primera.

Si no existiera la ley dialéctica del desarrollo de la sociedad, se podría creer que nuestra literatura ha vivido permanentemente desconectada del medio y del tiempo histórico. Pero como la evolución es un fenómeno indudable, hay que culpar de este defecto a la incapacidad de nuestros críticos para saber ligar los productos del arte con los hechos de la vida social dentro de un período determinado. Es decir, hasta aquí hemos tenido crítica impresionista, subjetiva e idealista. No hemos tenido crítica científica, objetiva, histórica.

Esta actitud nociva y desgraciadamente tan chilena, no se detiene en el criollismo, sino que llega hasta nuestros días. Ya en 1920, don Pedro Nolasco Cruz, en su trabajo "Nuestra literatura a principios del siglo xx", afirmaba que "en las poesías, dramas y novelas de nuestra literatura, no sobresalen todavía obras que, aun cuando no alcancen alturas superiores tengan, por lo menos, el sello de la impresión estética ocasionada por la observación directa y personal. Hay algunas excepciones, pero son casos aislados que no bastan a dar índole especial a nuestra literatura. En general, domina una inspiración refleja, ajena, que no es tomada como propia"<sup>1</sup>. Juicio que nos parece exagerado y antojadizo, sobre todo si tomamos en consideración que el artículo fue escrito en 1920, y por ese tiempo, además de las obras de los costumbristas, se habían escrito la mayor parte de las novelas y cuentos de los novecientistas e incluso se encontraba en plena producción la primera promoción criollista.

<sup>1</sup>Pedro Nolasco Cruz: "Estudios de Literatura Chilena" (1940), citado por Raúl Silva Castro en su "Pano-rama de la Novela Chilena" (Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1955).

La crítica de Pedro Nolasco Cruz no es una excepción en su severidad. Más bien diríamos que es la actitud corriente en el análisis de la literatura precedente de cada período. Posteriormente, el fenómeno se repite hasta la saciedad. Sólo en estos últimos años hemos visto que la generación realista popular de 1938 ataca, a su vez, al criollismo, acusándolo de haberse refugiado en el campo por incapacidad para retratar e interpretar a la ciudad. Aún más: acusa a los criollistas de "que eludieron sistemáticamente referirse a lo social", en circunstancias que fueron ellos los que dieron los primeros postulados de la épica social, postulados que posteriormente desarrollaron los propios realistas. Al hacerlo, miraron especialmente al proletariado y realizaron una literatura de fuerte contenido social, una literatura de denuncia que hoy día constituye un orgullo nacional. Pero viene otra promoción y los acusa de "populistas", de falsos apóstoles de una realidad parcial y sofisticada, de "escritores comprometidos" con una clase y un partido político determinados.

Lo curioso es que los acusadores, a su vez, son escritores "comprometidos", ya que de no serlo no tendrían razón de existir. No podrían llamarse depositarios de la expresión estética de una sociedad. Son tan "comprometidos" como los anteriores, pero comprometidos con una clase y una ideología antagónica a la sustentada por los prosistas del realismo popular del 38. Es decir, que en una sociedad de clases, el arte de clases es el producto de un antagonismo fatal derivado de la infraestructura económica de tal sociedad, y ese antagonismo no podrá desaparecer en tanto no se produzcan los cambios fundamentales de la infraestructura y desaparezcan las clases sociales en pugna. Porque, ¿cuál es la novedad fundamental que traen los prosistas de la nueva promoción? Sin duda, esa novedad es la de enfocar un sector de la realidad nacional desde la burguesía; la de participar, en su casi totalidad, de la ideología burguesa; militar en sus partidos políticos y utilizar las formas estéticas propias de la burguesía. Luego, están cometiendo los mismos "errores" fatalmente necesarios que tratan de impugnar a la generación precedente; los mismos errores, pero a la inversa. Esto, aun cuando tengan una actitud progresista dentro de la burguesía y el carácter crítico de sus obras alcance, incluso, a producir impactos serios dentro de su propia clase. Lo que viene a comprobar, una vez más, la complejidad del fenómeno artístico y la infinidad de matices en la fisonomía estructural de la sociedad chilena. Matices que van mucho más allá de una denominación simplista de "izquierdas" o "derechas",

Sin embargo, parece existir en la nueva promoción literaria una voluntad subterránea de querer captar los hechos de la realidad social por encima de las clases, desde un mirador ideal "no comprometido".

Claudio Giaconi, que parece ser el teórico del grupo, ha dicho que "los escritores jóvenes son seres asociales" agregando que, al decirlo, "quiero destacar la suprema libertad que debe tener un escritor para expresarse, sin unirse a ningún yugo clasista, partidista o demagógico"<sup>2</sup>.

Pero ocurre que este tipo de escritor a que aspira Giaconi no existe, no puede existir, puesto que en una sociedad de clases no hay hombres que permanezcan al margen de las clases, lo que equivaldría a vivir fuera de la sociedad. El escritor, quiéralo o no, es militante de una clase, participa de sus formas de producción o de explotación, posee en mayor o menor medida la ideología de esa clase, dentro de ella convive, tiene un sistema general de ideas que corresponden a esa clase. Al escribir, consciente o inconscientemente, la refleja. Ahora bien, dado el grado de conciencia que tenga de esa clase y de la sociedad en general, reflejará las contradicciones internas de esa clase y las contradicciones de la sociedad toda, con lo cual estará haciendo literatura social, es decir, reflejo de la realidad en un período histórico y una nación determinada. Por lo tanto, no se puede invalidar a la generación del 38 por haber hecho realismo popular, ni acusarla de "populista" por haber tomado como tema la vida del proletariado, ya que, al hacerlo, estaba reflejando también a su contrario y, con ello, a la sociedad chilena. Estaba recreando estéticamente una realidad histórica concreta.

Mirado el problema desde este punto de vista, es fácil notar algunas diferencias importantes entre la promoción literaria del 50 y la generación realista popular del 38. Los escritores del 38 pertenecían, casi en su totalidad, a los sectores más modestos de la pequeño-burguesía, e incluso, a un proletariado artesanal o de pequeños comerciantes; eran en su mayoría autodidactos o de formación cultural incompleta; simpatizaban con el proletariado como clase y hasta participaban, en mayor o menor grado, de su ideología, aun cuando no todos fueran militantes de los partidos Socialista o Comunista. Poseían, en cambio, fuertes caracteres generacionales, representados por factores históricos concretos: el triunfo ascendente del régimen socialista, la defensa democrática de la República Española y el adveni-

<sup>2</sup>Claudio Giaconi, en "Cartas al Director" (Revista "Vistazo", 13 de diciembre de 1955).

miento, en Chile, del Frente Popular, factores todos que impulsaron la épica social no sólo en Chile, sino en todas las literaturas latinoamericanas.

Los escritores del 50, en cambio, pertenecen en su mayoría a la burguesía o a una pequeño-burguesía profesional y acomodada; poseen una experiencia cultural más amplia, que les ha permitido viajar y hacer estudios universitarios; tienen fuertes arraigos en el mundo cristiano occidental y participan, en mayor o menor grado, de la ideología burguesa. Los acontecimientos históricos que les ha tocado vivir son complejos, aun cuando ellos destaquen los negativos: las dos Guerras Mundiales, el uso destructor de los descubrimientos atómicos y la llamada "crisis contemporánea". Por eso sus temas preferidos, según declaraciones de Claudio Giaconi, son "la desilusión, la crisis adolescente, el desmoronamiento moral y social, la muerte, la lucha entre el bien y el mal"<sup>3</sup>.

Esta "crisis contemporánea", tan traída y llevada en foros, artículos y conferencias, no es otra que la crisis general del régimen capitalista y envuelve, exclusivamente, a los países de la órbita occidental. Porque sería absurdo hablar de "crisis contemporánea" en la Unión Soviética o China Popular, por ejemplo, naciones que están en pleno resurgimiento económico y cultural, y cuya asombrosa epopeya colectiva parece no existir para la gran mayoría de los intelectuales americanos. Esta incomprensible parcelación de los problemas propios de la unidad contemporánea, es otra de las manifestaciones ostensibles de la interpretación burguesa respecto al fenómeno del arte, sostenida por los escritores de la promoción del 50. Y este solo hecho significa en ellos una toma de posiciones en el terreno político e ideológico, exhibiéndolos como seres "comprometidos" dentro de un mundo comprometido.

En la mayoría de sus aportes teóricos, los escritores del 50 han insistido en una falsa "independencia" de criterio que los lleva, indefectiblemente, a destacar sólo los elementos negativos del proceso social. Tratando de trazar la radiografía de la "crisis contemporánea" en nuestro país, Claudio Giaconi ha explicado: "Posteriormente, los problemas de Chile han sido tanto del orden económico, como de otros órdenes, tan reales como los anteriores, pero más sutiles. Son males cancerosos, ocultos, abstractos: la relajación moral, la corrupción política y administrativa, la quiebra de los valores tradicionales, el aislamiento del individuo y su ocaso en cuanto a

<sup>3</sup>Claudio Giaconi, en entrevista de enjuician a Consagrados" (Revista Mario Ferrero; "Escritores Jóvenes "Vistazo", 29 de noviembre de 1955).

tal, para ser reemplazado por kafkianas y deshumanizadas instituciones; el fracaso del matrimonio, base de la familia y del futuro social, etc. La literatura, pues, cambió de rumbo, porque tuvo que responder a incitaciones diferentes"<sup>4</sup>. Y más adelante, circunscribiendo el problema al mal llamado mundo colérico, agrega: "Los hombres y mujeres que en la actualidad oscilan entre los veinte y los cuarenta años han nacido con una herencia desastrosa; han nacido de un mundo en descomposición, atemorizado, amenazado, acobardado. Hemos nacido junto con las profundas y repentinas mutaciones de una civilización vertiginosa, que no da tiempo para la maduración coherente, progresiva y armónica; hemos madurado como a martillazos en aquellos aspectos más afectados por el cambio: el religioso, el político, el social, el económico. Este avance arrollador no ha dado tiempo para que las generaciones mayores caminen al mismo paso que las recientes."<sup>5</sup>

Es curioso constatar que el análisis de esta crisis, coincide, en nuestro país, con un evidente retroceso político y social. La neurosis colectiva, el cansancio, la apatía, la irresponsabilidad ante el destino común, la falta de fe en los partidos políticos, la ineficacia de éstos frente a los graves problemas nacionales, el desgobierno, la inconsecuencia en las actuaciones públicas, el oportunismo, son factores demasiado evidentes de nuestra realidad actual como para que puedan pasar inadvertidos. Y, por desgracia, son factores que afectan a la nación entera, a todas las clases sociales y a la totalidad de los partidos políticos.

El nuevo movimiento literario obedece, pues, a una incitación real, innegable, aunque el enfoque de sus causas sea de carácter incompleto y unilateral.

Esto, en cuanto al problema del contenido. Con relación a las formas de la nueva literatura, es indudable que la promoción del 50 viene mejor dotada que la generación anterior. Es más moderna, más rica en matices, más sugerente en la intención; sabe penetrar mejor la psicología de sus personajes, usa un registro idiomático más amplio y universal, utiliza una mayor sabiduría técnica, maneja con fluidez la sátira y el humor oculto, reconcentrado de las cosas. Existe en ellos una mayor voluntad de estilo, una maduración superior en el oficio de escribir, que sólo accidentalmente

<sup>4</sup>Claudio Giaconi, en su intervención en el Segundo Encuentro de Escritores, de Chillán, auspiciado por la Universidad de Concepción (19 al 24 de julio de 1958). Reproducido in

extenso en la Revista Ateña (Año XXXV, Tomo CXXXI, N.os 380-381, abril-septiembre de 1958).

<sup>5</sup>Claudio Giaconi, en intervención aludida.

conocieron los realistas del 38, parte de cuyas obras se frustraron por improvisación, por incapacidad teórica y falta de una complementación cultural más de acuerdo a su pasión creadora.

Creemos que resulta prematuro acentuar una crítica definitiva a la promoción del 50 o intentar un panorama de su producción. Pero es útil destacar dos rasgos importantes: su actitud crítica ante la sociedad y esa búsqueda de los valores universales, partiendo de lo propio, de lo estrictamente nacional. Ambos son elementos esenciales para una superación definitiva del criollismo, sin dejar de desconocer que fue el criollismo, precisamente, el que abrió el camino a esta posibilidad. Porque la literatura es un largo proceso de superaciones sucesivas y las etapas posteriores sólo son posibles cuando se han cumplido aquellas que han dado nacimiento a la tradición artística nacional.

Al referirse al criollismo, hace algunos años, Ricardo Latcham previó esta situación actual con palabras que hoy día cobran un extraordinario relieve: "En nuestra literatura se mezclan lo mítico con lo realista, lo épico con lo psicológico, lo poético con lo social. Tan impura y tan criolla como la novelística es la nueva poesía. Pero no hay que olvidar que después del diluvio vuelven las torrenceras a su cauce natural, como después del caos surge el orden. Y ese orden es el que, en cierta manera, promovió una floración criollista, que dio sentido y contenido a nuestra literatura nacional para arrancarla de lo frívolo, de lo monótono, de lo trivial, de la anécdota sin relieve, del realismo plano, del romanticismo retardado, de la receta académica, del paludismo intelectual. Si ese sólo fuera su legado habría que bendecirlo y honrarlo en el altar de nuestras letras."<sup>6</sup>

### *Bibliografía general*

Agosti, Héctor P.— "Defensa del Realismo", Montevideo, 1946.

Alone.— "Historia Personal de la Literatura Chilena" (Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954).

Amunátegui Solar, Domingo.— "Historia de Chile" (Las Letras Chilenas), Balcells y Cía., Santiago de Chile, 1925.

Barbusse, Henri.— "Zola" (Ediciones

<sup>6</sup>Ricardo Latcham, en su conferencia "La historia del criollismo", dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 25 de junio de 1954, con ocasión del foro público sobre "La querrela del criollismo". Repro-

ducida in extenso en "El criollismo", junto a textos de Ernesto Montenegro y Manuel Vega (Editorial Universitaria, Colección Saber, Santiago de Chile, 1956).

- Ultra, Empresa Letras, Santiago de Chile, 1938).
- Benda, Julián.— “La crisis de la literatura contemporánea y la juventud”. Revista “Sur”, Buenos Aires (Enero-febrero-marzo de 1947).
- Bowra, C. N.— “La herencia del Simbolismo”. Traducción de Patricio Canto (Editorial Losada, Buenos Aires, 1951).
- Carrit, E. F.— “Introducción a la estética” (Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, México, 1951).
- Clariana, Abelardo.— “Relatos humorísticos chilenos”. Selección y prólogo del autor (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957).
- Cruchaga Santa María, Angel.— “El nacionalismo literario” (Revista de Educación, N° 4, Santiago de Chile, 1929).
- Cruz, Pedro Nolasco.— “Estudios sobre la literatura chilena”, primer tomo, Casa Zamorano y Caperán, Santiago de Chile, 1926. Segundo y tercer tomos. Ed. Nascimento, 1940.
- Donoso, Armando.— “Algunos cuentistas chilenos”, segunda edición (Espasa-Calpe, Argentina, Colección Austral, Buenos Aires, 1945).
- Donoso, Armando.— “Los nuevos” (Valencia, España, 1912).
- Durand, Luis.— “La Frontera y su interpretación en la literatura chilena”, Revista “Atenea”, Universidad de Concepción (Concepción, Chile, septiembre de 1953).
- Durand, Luis.— “Alma y cuerpo de Chile” (Editorial Nascimento, 1947).
- Egorov, A.— “Contra el subjetivismo en la teoría del arte” (Literatura Soviética, Revista mensual. Edición en castellano, Moscú, enero de 1955).
- Emeth, Omer (Emilio Vaisse).— “Estudios críticos de Literatura Chilena” (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1940).
- Fatone, Vicente.— “El existencialismo y la libertad creadora” (Editorial Argos, Buenos Aires, 1948).
- González Vera, José Santos.— Prólogo a la segunda edición de “Sub-Sole”, de Baldomero Lillo, 1931.
- Gorki, Máximo.— “Literatura y vida” (Selección de escritos). Edición Cuadernos de Cultura, Buenos Aires, 1955.
- Guzmán, Nicomedes.— “Antología de Baldomero Lillo” (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1955).
- Guzmán, Nicomedes.— “Nuevos Cuentistas Chilenos” (Antología). Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1941.
- Guzmán, Nicomedes.— Prólogo a “Antología de Carlos Pezoa Véliz” (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957).
- Jdanov, Andrei.— “Sur la littérature, la philosophie et la musique” (Les Editions de la Nouvelle Critique), preface d’Aragon, 2e. édition, Paris, 1950.
- Kainz, Friedrich.— “Estética”. Traducción de Wenceslao Roces. Fondo de Cultura Económica, México, 1952.
- Lafourcade, Enrique.— “Antología del Nuevo Cuento Chileno” (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954).
- Lafourcade, Enrique.— “Cuentos de la generación del 50” (Editorial del Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1959).
- Larrea, Juan.— “El surrealismo entre el Viejo y Nuevo Mundo” (Edición Cuadernos Americanos, México, 1934).

- Latcham, Ricardo.— “La generación neocriollista de 1940”. Ciclo de charlas sobre Literatura Chilena, en Madrid (Revista de Sevilla, España, 1955).
- Latcham, Ricardo; Montenegro, Ernesto, y Vega, Manuel.— “El Criollismo” (Foro Universitario sobre “La querella del criollismo”). Editorial Universitaria, Colección Saber, Santiago de Chile, 1956.
- Latorre, Mariano.— “Apostilla sobre el Nacionalismo”. Crítica de Libros en la Revista Zig-Zag, 1925.
- Latorre, Mariano.— “El Pueblo Chileno en las novelas de Blest Gana”. Revista “Atenea”, agosto de 1933.
- Latorre, Mariano.— “Antología de Cuentistas Chilenos”, Biblioteca de Escritores de Chile, 1938.
- Latorre, Mariano.— “Autobiografía de una vocación — Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo”. Ediciones de los Anales de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1953.
- Lefebvre, Henri.— “Contribución a la estética”. Ediciones Procyon. Traducción de Marcos Winogrand. Buenos Aires, 1956.
- Lefebvre, Henri.— “El existencialismo”. Traducción de Ana Ostrovsky. Editorial “Capricornio”, Buenos Aires, 1954.
- Lenin-Stalin.— “Sobre la Literatura y el Arte”, selección de Jean Freville, traducción del francés de A. Ortiz (Editorial “Calomino”, La Plata, Argentina, 1946).
- Lillo, Samuel A.— “Literatura Chilena”, 7ª edición (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1952).
- Manzor R., Antonio.— “Antología del Cuento Hispanoamericano” (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939).
- Marx-Engels.— “Sobre la Literatura y el Arte”, Selección de Jean Freville. Traducción del francés de Geoffroy Rivas (Editorial “Masas”, México, 1938).
- Melfi, Domingo.— “Estudios de Literatura Chilena”, Primera Serie (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1938).
- Melfi, Domingo.— “El viaje literario” (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1945).
- Mistral, Gabriela.— “Recados contando a Chile”, prólogo de Alfonso Escudero (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1957).
- Montenegro, Ernesto; Latcham, Ricardo, y Vega, Manuel.— “El criollismo” (Foro Universitario sobre “La querella del criollismo” (Editorial Universitaria, Colección Saber, Santiago de Chile, 1956).
- Montes, Hugo, y Orlandi, Julio.— “Historia de la Literatura Chilena” (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1956).
- Murry, Middleton J.— “El estilo literario”. Traducción del inglés de Jorge Hernández Campos. Primera edición en español (Editorial Fondo de Cultura Económica, Colección Breviarios, México, 1951).
- Neruda, Pablo.— “El criollismo, un paso positivo en nuestra literatura” (Revista “Viento Sur”, Santiago de Chile, julio de 1954).
- Orlandi, Julio, y Montes, Hugo.— “Historia de la Literatura Chilena” (Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1956).
- Ortega y Gasset, José.— “La Deshumanización del Arte” (Ideas sobre la Novela), segunda edición (Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1935).

- Pinilla, Norberto.— "La Generación Chilena de 1842" (Editorial Manuel Barros Borgoño, Santiago de Chile, 1943).
- Plejanov, Jorge.— "El Arte y la Vida Social". Traducción del ruso de Jorge Korsunsky (Empresa Letras, Santiago de Chile, 1936).
- Ramírez Necochea, Hernán.— "La revolución de 1891" (Antecedentes Económicos). Editorial "Austral", Santiago de Chile, 1953.
- Ramírez Necochea, Hernán.— "Historia del Movimiento Obrero en Chile" (Editorial "Austral", Santiago de Chile, 1956).
- Roco del Campo, Antonio.— "Panorama y Color de Chile" (Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1939).
- Rojas, Manuel.— "Acerca de la Literatura Chilena". Revista "Atenea" de la Universidad de Concepción. Concepción, Chile, octubre de 1930.
- Rojas, Manuel.— "Los costumbristas chilenos" (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957).
- Rosental, M., Straks, G. M.— "Categorías del Materialismo Dialéctico". Traducción del ruso de Adolfo Sánchez Vásquez y Wenceslao Rocas (Editorial Grijalbo, México, 1958).
- Rossel, Milton.— "Significación y contenido del criollismo" (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1945). Separata de la Revista "Atenea", abril de 1945.
- Santana, Francisco.— "La nueva generación de prosistas chilenos" (Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1949).
- Santana, Francisco.— "Mariano Latorre" (Ediciones Librería Bello, Santiago de Chile, 1956).
- Sartre, Jean Paul.— "¿Qué es la literatura?" Traducción de Aurora Bernárdez (Editorial Losada, Buenos Aires, 1950).
- Silva Castro, Raúl.— "Alberto Blest Gana" (1830-1920). Estudio biográfico y crítico (Obra premiada por la Universidad de Chile). Imprenta Universitaria, Santiago de Chile, 1941.
- Silva Castro, Raúl.— "Panorama de la Novela Chilena". Editorial Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México, 1955.
- Silva Castro, Raúl.— "Antología de Cuentistas Chilenos" (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1957).
- Stalin.— "El Marxismo y el problema nacional". Ediciones Lenguas Extranjeras, Moscú, 1939.
- Smirnova, S.— "Rasgos fundamentales de la estética de Belinsky" (Revista "Literatura Soviética", ediciones en castellano, N° 1, Moscú, 1953).
- Subercaseaux, Benjamín.— "Contribución a la realidad" (Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1939).
- Tse Tung, Mao.— "Sobre la Literatura y el Arte" (Discurso de Yenan). Revista "Nuestro Tiempo", Santiago de Chile, 1955.
- Teitelboim, Volodia.— "Mariano Latorre, el Hombre y la Tierra" (Revista Aurora, Santiago de Chile, enero de 1956).
- Torres Rioseco, Arturo.— "Ensayo sobre Literatura Latinoamericana", México, 1953.
- Uslar Pietri, Arturo.— "Lo criollo en la literatura" (Cuadernos Americanos, México, enero-febrero, 1950).
- Valery, Paul.— "Política del Espfri-

- tu" (Editorial Losada, Colección Pajarita de Papel. Segunda Edición, Buenos Aires, 1945).
- Vega, Manuel; Latcham, Ricardo, y Montenegro, Ernesto.— "El Criollismo" (Foro Universitario sobre "La querella del criollismo"). Editorial Universitaria, Colección Saber, Santiago de Chile, 1956.
- Worringer, Wilhelm.— "Problemática del Arte Contemporáneo" (Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 1948).
- Zhdanov, V.— "Literatura y Filosofía a la luz del Marxismo". Traducción de A. Arana y Marcos Gabay (Ediciones "Pueblos Unidos", Montevideo, Uruguay, 1948).